

Chichas y limonadas, o del futuro político del país¹

Alberto Vergara

*El futuro está hecho para
desacreditar a los profetas.*

MAHOMA

¿CÓMO INTENTAR UN POCO DE FUTUROLOGÍA EN EL PERÚ? Si los marxistas que poseían el único tarot válido no acertaron una, ¿qué puedo lograr yo que no tengo bola de cristal? ¿Cómo pretender auscultar el futuro en un tiempo en que ni siquiera el presente está claro? Mala ciencia la futurología. Y sin embargo, en este artículo, intentaré explorar el futuro político del país, trataré de ver qué se viene, qué se abre y qué se cierra. No hace falta decirlo: no le auguro éxito a mis pronósticos, pero al menos intentaré moderar mi soberbia predictiva moviéndome en escenarios, aun así... no le auguro éxito a mis pronósticos. ¿No se ha encargado la historia, una y otra vez, de desmentir a quienes creían entenderla y anunciar el futuro? No me queda ninguna duda, pues, que este texto me servirá, en algunos años, para reconvencerme sobre mis sucios catalejos temporales, para recordarme cuán equivocado estaba y enrostrarme el azar de los días.

Para ensayar sobre nuestro futuro político propongo una aproximación por etapas. En primer lugar, haré un análisis de la elección de la cual ha surgido el nuevo mandato de García:

¹ Este artículo fue escrito entre el 7 y el 16 de junio de 2006.

el periodo de la concepción que, si no determina, al menos pesa en el intento por reconocer el color que tendrá la administración aprista. Para este análisis, propongo dos tipos de legitimidad de las acciones del gobierno aprista que deberán ser evaluadas antes de comenzar a gobernar. En segundo lugar, intentaré avizorar qué prometen los próximos años de García, para lo cual me moveré en distintas arenas (perspectivas para el Tratado de Libre Comercio y juego de alianzas en el legislativo). A su vez, en cada una de estas arenas, me serviré de distintos escenarios. Finalmente, evaluaré la posibilidad de un futuro sistema de partidos. Sostengo que, para que este pueda recomponerse, quienes buscan representar los intereses —tanto de izquierda como de derecha— deben volverse «nacionales», ya que en los últimos años han sufrido una radical «limeñización» que ha impedido el vínculo de representación entre ellos y las provincias.

1. Periodo de concepción

En 1985, Alan García fue una esperanza y en 2006, apenas un antídoto. Aquella vez ganó a punta de futuro y hoy llega a pesar del pasado. Entonces sedujo y hoy no quedaba otra. ¿Es verdad que van a elegir de nuevo a García?, me preguntan los amigos extranjeros. ¿No es acaso uno de los peores presidentes de la historia del país?, insisten. ¿Los libros escolares no recuerdan su catastrófico gobierno?, cuestionan indignados. A todo respondo que sí. Y ¿entonces?, reclaman airados. Entonces, respondo, ¡vayan a saber ustedes cómo, pero nos inventamos una opción peor que García! ¿Peor? Sí, peor.

Alan García estará en palacio de gobierno debido a una serie de factores. Algunos estaban en su esfera de dominio —por lo tanto, bajo una estrategia definida— y otros eran ajenos a su

voluntad y propios de la dinámica del tablero electoral. Así, clasificaré las razones que lo han llevado a palacio de gobierno en propias y ajenas. Estas últimas serán una aparición y una desaparición.

Las propias

El partido aprista tiene un candidato en forma, y Alan García, un partido en forma. En Brasil dirían: «¡Nem feijao com arroz!». El 2001, cuando el APRA resucitó de una década para el olvido, el comentario general fue que aquello no era un partido. Solo con el líder *pico de oro* habían vuelto a la escena política. Si Fujimori era la locomotora de cualquier partido, García hacía lo propio con el APRA. La ecuación no era descabellada. En 1995, el APRA, como todo el resto de partidos, no había obtenido el 5 por ciento que le permitía mantener su inscripción legal en el Jurado Nacional de Elecciones (JNE), pero cuando el líder volvió del exilio, consiguió el 25 por ciento de los votos y pasó a la segunda vuelta. Luego, era evidente de quién dependían los resultados apristas.

Ahora bien, tampoco es tan simple. Las elecciones regionales y municipales de 2002 demostraron que el APRA era el único partido con cierta presencia. Ganó la mitad de los gobiernos regionales y, en el ámbito distrital y provincial (donde realmente se ve la fuerza o debilidad de los partidos), obtuvo mejores resultados que todos los otros. Mientras Unidad Nacional solo consiguió 6,7 por ciento en el ámbito provincial, el APRA se hizo del 17 por ciento de la votación, y en el ámbito distrital también obtuvo los mejores resultados (el 11,4 por ciento frente al 8,6 por ciento de Somos Perú, el campeón de los municipios). Así, en estas elecciones no cabía decir que el APRA existía gracias a García, ni imaginar un posible «endose». Aquellos votos eran los de una organización.

Por otro lado, el resultado obtenido por García en las últimas elecciones generales es similar a la geografía clásica del voto aprista: sólido en el norte, peleándola en Lima, esquivo en el oriente, rechazado en el sur. De esta manera, concluyo que el peso del partido es radicalmente importante en la victoria de García y, al mismo tiempo, que la victoria del APRA se debe, en gran medida, al hecho de contar con un buen candidato. No se trata de una tautología ni de una obviedad. Si García intentase participar en las elecciones sin el APRA (como tantos líderes latinoamericanos han hecho respecto de su partido de origen; Uribe o Caldera, por ejemplo), es improbable que su candidatura tuviera la fuerza que tiene ahora. Y el APRA con otro candidato tampoco recibiría el apoyo que ha obtenido en las últimas elecciones. Así, el matrimonio es inmejorable. Alan García tiene un partido en forma (*tout court*, un personero hasta en la última mesa de votación) y el APRA tiene un candidato trejo y trajinado.

Las ajenas

Sostengo que García llegó a la segunda vuelta a causa de dos fenómenos paralelos: la desaparición de la candidatura del ex Presidente de la República Valentín Paniagua y la aparición de Ollanta Humala. Sin estos dos fenómenos, García hubiera dormido los próximos cinco años en su casa de Chacarilla y no en la de Pizarro. Conjeturemos los dos siguientes análisis en una imaginada derrota de García en las últimas elecciones. El primero juega con dos variables: la aparición de Humala y la presencia sólida de don Valentín Paniagua. El segundo asume la no aparición de Humala.

1. La candidatura de García naufragó porque no supo qué hacer frente a la irrupción de Ollanta Humala. Con la firme candidatura de Valentín Paniagua cubriendo el centro político del

país, Alan García quedó en una situación incómoda. No era ya la candidatura de izquierda, no tenía cómo conseguir votos del centro y, para colmo, ya que no levantaba en las encuestas, algunos de sus electores decidieron hacer uso de un voto útil apoyando a Paniagua para impedir que Lourdes Flores pasase a la segunda vuelta.

2. García ha sido derrotado de idéntica manera que en 2001. En la segunda vuelta, García no tenía hacia donde crecer y los votantes de Lourdes Flores, al no contar ya con su candidata, prefirieron la candidatura de centro (el nombre es lo de menos), que estaba más cerca de sus planteamientos. Queda demostrado que seguir apostando por una retórica contra los *services* no trae réditos y que García estará perdido mientras el sistema de segunda vuelta siga en pie.

Cualquiera de estos escenarios era posible. Solo fue inviable ante la aparición de Humala y la desaparición del ex presidente Paniagua. Por un lado, Humala convirtió a García en el bueno del salón. En 2001, García cubría el espectro revoltoso, era quien peroraba las más duras críticas hacia el modelo económico. En estas elecciones, ese ámbito fue cubierto por Ollanta Humala. Tras los primeros síntomas de un crecimiento importante en la candidatura nacionalista, muchos analistas fueron certeros: esa candidatura debilita a García. Desde luego que la debilitaba... a condición de que hubiera alguien en el centro. Si hubiera existido tal candidatura, García podría haber quedado en un limbo complicado. Sin embargo, tal cosa no ocurrió, pues la candidatura de Paniagua ya había empezado a hacer agua y —tras el hundimiento definitivo— el centro quedó vacío. No intento decir que Valentín Paniagua hubiera sido necesariamente quien pasase a la segunda vuelta, pero era el llamado a ocupar ese espacio. Sin embargo, su candidatura tuvo desde el inicio serios problemas de identidad. Si Tito

afirmaba que en Yugoslavia él era el único yugoslavo, don Valentín podría decir que, en el Frente de Centro, él era el único de centro. Una plancha presidencial formada por un ex PPC y un ex Unidad Nacional no era la mejor estrategia para convencernos del «centrismo» de su candidatura. Así, no es únicamente la aparición de Humala la que posibilita el fortalecimiento de la candidatura aprista, sino la aparición de Humala y la desaparición de quien representaba el centro político.

Propias de nuevo

Con el escenario reconfigurado había que adecuarse, y García no se equivocó. Situado en el centro político más por azar que por voluntad, el reto era pasar a la segunda vuelta, dejando en el camino a Lourdes Flores. Todo el APRA enfiló sus baterías contra la candidata de los ricos... y la idea caló. El 40 por ciento de los votantes de Lourdes Flores que emigraron hacia otra candidatura afirma haberlo hecho porque se dio cuenta de que era la candidata de los ricos.

En las democracias, el votante promedio es un moderado. En situaciones normales, el elector no está interesado en ser identificado con alguna doctrina específica y pura, sino con opciones que sean moldeables, que tengan lo bueno de aquí y lo de allá también. Alan García se benefició de esto al ser el moderado del tablero y pudo afianzarse gracias al sistema de votación de dos vueltas (no olvidemos que en un sistema parlamentario Humala sería nuestro primer ministro; las reglas también hacen la elección). Quiero señalar los tres ejes fundamentales desde los cuales se articularon los debates y sensaciones más importantes en esta campaña y cómo, en cada uno de ellos, García fue —gracias a los factores señalados arriba— quien se ubicó siempre en esa zona gris y central donde los votantes respiran tranquilos.

En primer lugar, el eje institucional. En cualquier encuesta, uno encontraría que el candidato más considerado con el sistema constitucional era Valentín Paniagua y que el que más ganas tenía de estrellarlo contra la pared era Humala. Y Alan fue el moderado: ni tan «achorado», ni tan *cojurídico* en la sensación popular.

En segundo lugar, el eje económico. Lourdes Flores era la candidata del modelo que engorda las billeteras de arriba y apenas los monederos de abajo, al mismo tiempo que Humala declaraba amor por la nacionalización en calles y plazas. Y Alan fue el moderado: Tratado de Libre Comercio (TLC) pero con retoques, sin dólar MUC pero con Banco Agrario.

En tercer lugar, un eje más cultural. Lourdes Flores era la candidatura abierta, globalizada, casi diría posnacional (de allí sus resultados en el exterior), Humala representaba el incabado modelo nacional, los ojos hacia adentro. Y, otra vez, García fue el moderado: el aprismo tiene desde siempre la vocación internacional pero a la vez tiene proyecto de Estado-nación.

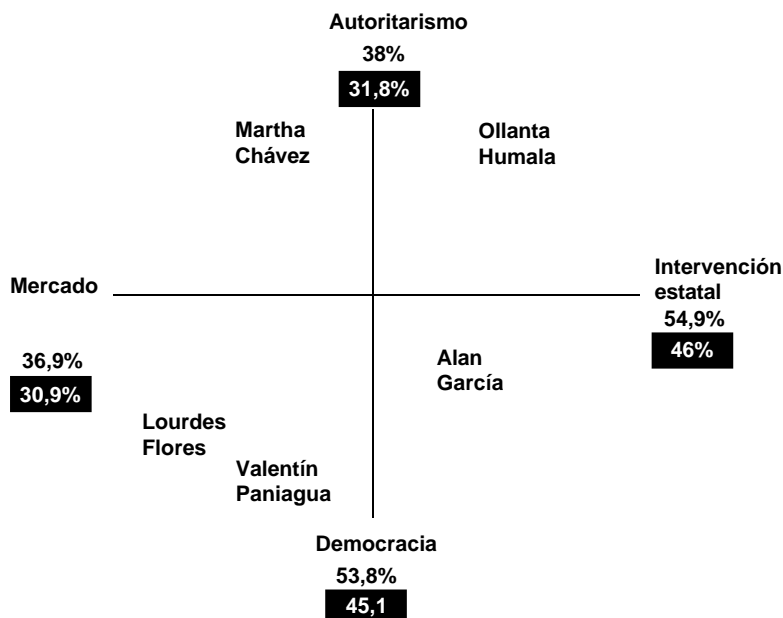
Así, García (como Belaunde o como Toledo) se impuso por ser chicha y limonada.

Para concluir esta parte, quisiera señalar que Alan García será Presidente del Perú por las razones señaladas hasta aquí y no —como rueda y rueda por la avenida del sentido común— a causa de desmemoriados ciudadanos o, peor aún, por la irracionalidad de los electores.² Grafiquemos los resultados de la

² El primero de abril, una encuesta de la Pontificia Universidad Católica del Perú señalaba que el porcentaje de gente que de ninguna manera votaría por Alan García alcanzaba el 56 por ciento. La única candidata que lo superaba era Martha Chávez con 69 por ciento. El motivo esgrimido para este rechazo se fundaba en su desgobierno durante el periodo 1985-1990. El porcentaje obtenido en esta primera vuelta (20 por ciento del padrón electoral) es un voto de la comunidad aprista que, con buena o mala memoria, marcó la estrella. Así, Alan no está en esta segunda vuelta por la fortuna de contar con ciudadanos desmemoriados.

primera vuelta en una matriz con los cinco principales candidatos y sus posturas según el ámbito económico e institucional.³

Votos emitidos y votos válidos según postura de los candidatos en los ámbitos económico e institucional



N. B.: Las sumas de votos emitidos aparecen en recuadro; las otras corresponden a los votos válidos.

³ He construido esta matriz a partir de las percepciones que los candidatos tienen en la población y no a partir de lo que *en realidad* son. Por tanto, esta matriz tiene sus bemoles, fundamentalmente para los casos de Martha Chávez respecto al eje económico y de García respecto al eje institucional. En el caso de la primera, estos se dan porque es heredera de las percepciones del gobierno de Fujimori, y este era uno de amplio asistencialismo hacia abajo y percibido como uno de libre mercado en los sectores altos. En todo caso, me parece que la vertiente asistencialista no la convierte en una candidata que desafíe el modelo económico y, por eso, la he mantenido del lado del mercado, aunque más cercana hacia la división con el intervencionismo. En el caso de García, porque este no es percibido como un demócrata en todos los sentidos

La principal conclusión que deja este gráfico es que la población deseaba con mayor énfasis una opción democrática (53,8 por ciento) y una mayor participación estatal en la economía (54,9 por ciento). El único candidato que se ubicó en el cuadrante que recoge esas dos vertientes durante la primera vuelta fue Alan García. Luego, ya que contamos con electores racionales, vale decir, que preferirán la opción que satisfaga de mejor manera sus deseos, votaron por García en la segunda vuelta. De hecho, el porcentaje obtenido por García en la segunda vuelta es muy similar al de las opciones «democracia» e «intervención estatal». Así, Alan García no será presidente debido a que cuenta con una población de desmemoriados, menos aún por la irracionalidad de los votantes. García será presidente *a pesar* de la buena memoria de los peruanos y porque el electorado responde a una racionalidad electoral verificable.

2. Partida de nacimiento

El principal problema político que encuentra la nueva administración aprista es el de la legitimidad de las políticas que llevará a cabo. La de su autoridad proviene de unas elecciones limpias, pero hago alusión a un segundo nivel de legitimidad: el de aquella para realizar acciones de gobierno. Ahí la situación es mucho menos clara. ¿Esta legitimidad debe descansar sobre una lectura de todo el proceso electoral? O, más bien, ¿debería descansar sobre una lectura de la composición del voto que García obtuvo en la segunda vuelta?

de la palabra. Durante su gobierno hubo una represión cruenta, con violaciones sistemáticas de los derechos humanos, y durante la reciente campaña tuvo expresiones que buscaban ganarse a los electores descreídos de la institucionalidad («Voy a cerrar el Congreso...»). Aún así, sigue siendo un candidato instalado en el sector democrático del *cleavage*, pero más cercano al autoritarismo que Lourdes Flores o Valentín Paniagua.

Por un lado, está la opción fundada en el contexto, que llamaré, valga la redundancia, «contextualista». Esta ha sido defendida en sendos artículos del 7 de junio por Mirko Lauer, Nicolás Lynch y Santiago Pedraglio, quien tituló su columna «Prohibido voltear a la derecha». La idea es que García debería leer la elección en su conjunto y hacer un gobierno de centro-izquierda, pues es lo que demandaría gran parte de la población, «al menos el 70% del electorado», asegura Lynch. De esta manera, la legitimidad para actuar del gobierno aprista se asienta sobre *sus* votos y sobre los de quienes votaron —claramente— contra él. En otras palabras, aun cuando Humala tenía más votos que el APRA en la primera vuelta, la legitimidad de García se asienta en la suma de ambos bloques. Luego, no debe juntarse con la derecha de ninguna manera y, más bien, «el espacio para los acuerdos puntuales [con el humalismo], incluso electorales cuando avance el año, está allí».⁴ En resumen: importa más la lectura ideológica de los votantes que a quién le dieron, en la práctica, su voto.

Por otro lado, está la opción fundada en la legitimidad que brinda la composición del voto de García. García tuvo unos electores y Humala, otros. La responsabilidad primera estaría con los electores de cada quien. Desde esta óptica, García ha obtenido en la segunda vuelta más del doble de lo que consiguió en la primera y, por lo tanto, *su* electorado debería tener alguna consideración programática. Dado que esta votación provino básicamente de la derecha (¿no sería mejor decir de Lima?), su gobierno no podría orientarse hacia la izquierda sino hacia el centro-derecha. En resumen: importa más quién le dio su voto a García que la lectura ideológica de la votación.

Ambas lecturas son legítimas. Me parece un abuso de «moralina» etiquetar una opción como más democrática que

⁴ Lauer, Mirko. «Votos prestados». *La República*, 7 de junio, 2006.

la otra. La discusión de este tema es fundamental, pues la legitimidad de los actos de gobierno provendrá de la salida que se dé a esta disyuntiva. Es cierto que buena parte de la población ha preferido opciones que —en distinta medida— condenan el modelo económico. Pero no es menos cierto que García será presidente gracias a los votos de quienes —en distinta medida— lo respaldan. No me parece un dilema fácil de resolver. En realidad, para Nicolás Lynch o Mirko Lauer es fácil de resolver porque en sus columnas pareciera que ser de derecha (votar por Lourdes Flores) es inmoral. Columna tras columna leemos la misma idea: la derecha son cuatro amigos haciendo buenos negocios con el Estado y empobreciendo al pueblo día tras día. Y claro, desde esa óptica, ¿qué consideración se merecerían los votantes de derecha? Sin embargo, la realidad no es tal. En primer lugar, el número de votantes de Flores y García en la primera vuelta fue casi el mismo. En segundo lugar, muchos de quienes hemos votado por Lourdes Flores quisimos impedir la triste segunda vuelta que hemos vivido. No lo conseguimos. En tercer lugar, cuando decidí mi voto me interesaba una opción que representara mejor que sus oponentes la institucionalidad y un sistema económico que ha dado resultados en muchos sectores del país. No me empujó ni el ánimo de saqueo, ni he sufrido una lobotomización por parte de la televisión al servicio de los poderosos. Soy apenas un elector que cree que los beneficios de la democracia y la apertura económica pueden llegar a la población más necesitada y que eso no sucederá ni mirándonos el ombligo con Humala, ni poniendo más zonas francas o un megapuerto en cada departamento de la costa, como propone el plan de gobierno aprista. Por tanto, ya lo dije, el dilema no me parece de fácil solución.

Hagamos números con la matriz que utilicé al final de la primera sección. Si algo está claro, es una opción de crítica

al modelo económico, así como una defensa del sistema constitucional. Empecemos por los números. Esta vez trabajaremos con los votos emitidos y no con los válidos, ya que eso nos permite saber qué quiere la población y no el sistema electoral. La primera constatación es que el 46 por ciento del lado intervencionista no se parece en lo más mínimo al 70 por ciento que, dice Lynch, habría apoyado esta opción. Incluso si le agregamos el 1,2 de la izquierda, seguimos lejos. Más aún, incluso en votos válidos no hay forma de llegar a tal número, salvo que sumemos, como alejados del libre mercado, a los votantes de Paniagua, Lay, Martha Chávez y, bueno, ya puestos a sumar, ¡agreguemos unos cuantos de Lourdes también!

Ahora bien, pasemos a una dimensión más cualitativa. Mientras que se puede afirmar con claridad que el elector de García (en primera vuelta) es demócrata y, más bien, desconfiado del mercado por sí solo como asignador de recursos, no se puede afirmar lo mismo del votante de Humala. Este elector no es orgánicamente autoritario y keynesiano. El factor autoritario es mucho más importante en la conformación del voto nacionalista que una concepción económica determinada. ¿Los indicios? Las encuestas. Según la encuesta nacional del 28 de mayo, realizada por Apoyo, cuando se preguntó por la percepción de los candidatos en relación con ciertos rubros, Humala solo era percibido de mejor manera que García en los rubros de corrupción y seguridad ciudadana. Y, a pesar de que la intención de voto de Humala en dicha encuesta era de 48 por ciento, solo el 20 por ciento afirmaba que con él habría más democracia; por tanto, la diferencia (más del 50 por ciento), lo que prefería, era un autoritarismo. Así, es evidente que el punto fuerte de Humala según su electorado no es, básicamente, el plan económico ni su estrategia para combatir la pobreza. No es, claramente, el eje económico el que determina al votante de Humala. El componente de autoritarismo ha

jugado un papel bastante más clave que la heterodoxia de sus técnicos de última hora. Alegrémonos, ha dicho Carlos Iván Degregori, de que la radicalidad que comparten los votantes de Humala ha desfogado por una vía democrática. De este modo, no es que aquellos votantes pensarán fundamentalmente en términos económicos, sino en alguien con los pantalones bien puestos... y les da lo mismo si se los pone empezando por la pierna izquierda o derecha.⁵

Por tanto, el régimen que nace no tiene, pues, una partida de nacimiento ideológicamente definida; deberá construirla paso a paso. Lo más probable es que no asuma una de las dos legitimidades reseñadas —bien la «contextualista» o bien aquella asentada en sus votantes—. Lo más probable es que intentará ser chicha y limonada.

3. Escenarios futuros

Tratado de Libre Comercio

Sería ingenuo pensar que el futuro político del país comienza el 28 de julio. El futuro ya comenzó. Lo que haga o deje de hacer este Congreso ya está vinculado y determinado por el nuevo momento político. De este modo, el TLC es un tema fundamental de este nuevo momento político, que por astucias diversas puede ser resuelto en esta legislatura o postergado para la siguiente.

Imaginaré, entonces, un primer escenario, en el que el TLC es ratificado por el presente Congreso. La movida tiene sentido. Alejandro Toledo queda immortalizado en una foto con George

⁵ Además, se sabe que un buen porcentaje de los votantes de Humala son quienes habían votado por Fujimori muchas veces y aquellos que, seguramente, de estar Fujimori en esta elección, habrían dudado entre el comandante y el prófugo, a pesar de representar opciones económicas claramente distintas.

Bush y parte de vacaciones pensando en 2011. El fotógrafo es García; se le escapó la figuración, pero se le reconoce el arte. Sabe lo que hereda. No hereda unos ahorritos tristes como aquellos dejados por Belaunde (pero dilapidados con alegría); recibe un negocio recién inaugurado y listo a dejar ganancias como ocurrió con el ATPDEA. Así, el APRA podría permitir que este Congreso firme el TLC... El entusiasmo lo dejará en casa, pero eso es lo de menos.

Este escenario, como todos, está fuertemente influido por las elecciones regionales y municipales de noviembre. Perú Posible no tiene ninguna esperanza en esas elecciones, de tal forma que firmar o no firmar el TLC es lo de menos (le importa a Toledo, que es distinto). En cambio, por el lado del APRA, es crucial. El APRA vive de mantener la ilusión de su nacimiento revolucionario. No importa que su actividad política a lo largo del siglo demuestre que siempre se ha comportado pragmáticamente, aliándose y desaliándose según la música que le tocaban; importa prolongar el mito del Haya incendiario. Las bases comulgan cada mañana que el APRA es por naturaleza un partido de izquierda. El mito sirve en tiempo de elecciones y obstruye en tiempos de gobierno. ¿El APRA antiimperialista apoyando sin chistar un pacto con el Imperio? «Sin problemas», responde el observador; «nunca», contestan algunos militantes. De tal forma que para que el mito no sea cuestionado y mantener a la militancia tranquila no viene mal que sea Toledo quien lo firme. Así, durante la campaña de noviembre no deberá responder a las acusaciones de haber firmado el TLC, de traicionarse.

En segundo término, imaginemos que el TLC es ratificado por el siguiente Congreso. Quien lo impulse no será, entonces, la otoñal bancada de Perú Posible sino la aprista recién estrenada. La diferencia no es menor. El tema polariza. Firmarlo

implica encabezar un movimiento en el Parlamento, secundado por Unidad Nacional, Perú Posible, los centristas: en una palabra, con los perdedores de la elección de 2006. Por otro lado, García gana la figuración y el apoyo americano. Tampoco es una mala jugada. En un momento en que los Estados Unidos han perdido su influencia sobre el continente (*bye, bye, Monroe*), García puede ser el líder continental que siempre quiso ser... al servicio de los Estados Unidos pero líder continental al fin. Simbólicamente, como están las cosas, para los Estados Unidos puede ser más rentable construir una vía socialdemócrata de oposición a Chávez que apostar a la figura de Uribe, fácilmente asimilable en su «mandonería» al Presidente venezolano. Esta opción no parece una buena jugada de cara a las elecciones regionales y municipales pero puede ser buena pensando en el 2011, cuando los beneficios del tratado se hayan sentido.⁶

Estos dos escenarios tienen un punto en común: aprobar el TLC será el detonante que Humala espera para reingresar al mundo mediático-político. Es importante notar que Humala estrena una condición desconocida hasta hoy: el *outsider* perdedor. Belmont, Fujimori, Toledo (y otros en el ámbito internacional), eran *outsiders*, pero, sobre todo, eran los vencedores en sus respectivas elecciones.⁷ ¿Qué es un *outsider* sin elecciones a la vista en las cuales participar? No mucho. Humala no tiene a qué postular en las elecciones de noviembre. En un país descentralizado podría intentar el gobierno regional de Arequipa o Puno, pero aquí tal opción no sirve para nada.

⁶ En este segundo escenario, dejo de lado la cuestión de si UPP-PNP continúan juntos o se desmembran en varios grupos. Lo importante es que el APRA se alía con los partidos.

⁷ Sobre *outsiders* en América Latina véase Meléndez, Carlos. «El fenómeno del *outsider* en América Latina». *Quehacer*, n.º 158, febrero de 2006.

Humala como presidente regional de Arequipa, por ejemplo, tendría unos quinientos setenta millones de soles para gastar, de los cuales quinientos se le irían en gasto corriente. Conclusión, nada para hacer y demasiado capital político que perder. Así, las elecciones regionales y municipales no le sirven de mucho. Otra opción sería organizar un movimiento electoral. Sin embargo, los *outsiders* (y más si provienen del mundo militar) luchan cuerpo a cuerpo, no coordinan los planes o estrategias que otros líderes partidarios cosechan. Entonces, luego de noviembre, a Humala no le queda —ahora sí, definitivamente— ninguna elección a la vista. A los políticos sin sartén por el mango les queda la arena parlamentaria y mediática para existir. Si Alan ha podido sobrevivir estos años sin poder, es porque tiene un partido político que funciona coherentemente en el Congreso pero, además, porque se lleva bien con los medios: aparece, explica, habla, sonríe. Y Humala lo que sabe es arengar. Y si en tiempos electorales aquello inflama a unos cuantos, sin elecciones sirve de poco. Ser el líder de la oposición bajo regímenes parlamentarios es simple: se enfrenta al primer ministro con frecuencia en el Congreso. En un sistema como el nuestro, Humala no tendrá más Parlamento que la televisión. Ahí hay que ganarse el derecho a ser oído por el oficialismo. Humala con su impronta vocal de militar no parece el mejor ejemplo de aquel que pueda sobrevivir a tal escenario.

Un tercer escenario respecto del TLC: aquel donde no es aprobado. Improbable pero verosímil. Bajo este supuesto, el APRA prioriza no abrir un flanco a la revuelta humalista y prefiere ganar largamente las elecciones regionales y municipales, al mismo tiempo que mantiene calmada a la propia militancia. Englobada en la retórica de una mejor renegociación futura, el TLC queda como Camisea en los ochenta, a la espera de la fortuna futura. García, bajo este esquema, confía en que

los precios de los minerales se mantendrán altos y que, por lo tanto, las tasas de crecimiento podrán también mantenerse durante los años venideros sin el TLC. Un ministro de Economía le avisa que los últimos informes del Banco Mundial opinan lo contrario y que, en ese caso, las cuentas se pondrán en rojo, pero García con la mirada lo manda a cerrar la puerta y traer café.

Hay un cuarto y probable escenario. El TLC se aprueba en el siguiente Parlamento con el APRA a la cabeza, secundado por un grupo grande, escindido de Unión por el Perú (UPP)-Partido Nacionalista Peruano (PNP). García no se pierde la foto y, al mismo tiempo, no le debe favores a los partidos políticos más orgánicos. Considera que, con un grupo de nacionalistas aprobando el TLC, «limpiará» la imagen del pacto y que, con ello, moderará las opciones de revuelta en el sur. Lo que queda claro en esta opción es que quienes firman con el APRA no son más que oportunistas que recibirán pueriles beneficios a cambio de su sumisión. Esta opción está vacía de contenido programático, aparece como producto no de negociaciones entre diferentes posturas sino del más descarado interés personal. Por lo tanto, conociendo nuestra clase política, es muy probable.

Cerremos el TLC. Como ya he explicado, la identidad ideológica de este gobierno no es evidente. Puede primar una de las dos visiones mencionadas al inicio: bien la «contextualista», bien la de los votantes. La segunda opción planteada en estos diferentes escenarios —aprobar el TLC con el APRA a la cabeza de una alianza con los otros partidos en el próximo Parlamento— respondería a la legitimidad de *sus* votantes. El APRA asume un gobierno de centro-derecha sin ambigüedades, cuenta con el favor de los medios y prioriza hacer un control de daños en las elecciones regionales y municipales antes que dejar el TLC.

La tercera opción (no firmar el TLC) responde a la legitimidad «contextualista». García asume un gobierno de centro-izquierda. Hace caso a sus palabras más radicales durante la campaña. Ya le tocó gobernar con Sendero Luminoso y no quiere ni imaginarse lidiando con una suerte de Emiliano Zapata en el sur. Así, la opción «contextualista» mezcla en distintas dosis el convencimiento contra el TLC y el miedo a las reacciones que su aprobación podría traer.

La primera opción es la más probable y razonable. El TLC se firmará antes de la asunción de García con el actual Congreso. Es la más probable, porque, en un esquema de racionalidad política, García obtiene los beneficios del asunto en cuestión y minimiza los efectos contrarios. Humala intenta algunas revueltas, los frentes regionales recuerdan épocas pasadas y los reservistas de Antauro también se animan. García asume que la primera represión deberá hacerla Toledo, quien lleno de moral por la sonrisa de 32 puntos que le regalan las encuestas, se lanza a reprimir como un cruzado del libre comercio. García, como en todo el proceso, se mantiene al margen, incluso suelta críticas. Para cuando asume la presidencia, los críticos intelectuales al TLC ya están desgastados y la firma es un *fait accompli*.

El cuarto escenario también es probable. A diferencia del anterior, García quiere obtener el rédito político directo de la firma y, al mismo tiempo, formar un pacto en el Legislativo con costos muy bajos, ya que los aliados son débiles en estructura y paupérrimos en ideas.

Ambos escenarios no recogen ni la legitimidad «contextualista», ni la de los votantes de García, el primero porque se firmaría con un Congreso que proviene de otra elección y el segundo, porque, aunque programáticamente se acercaría a la derecha, los votos necesarios para la ratificación los recogería de aquello que fue el proyecto nacionalista. En pocas palabras,

ambas opciones son chicha y limonada frente a las dos formas de legitimidad explicadas.

En cualquiera de los dos escenarios, el APRA debería comprender que su gobierno debe dedicarse a hacer lo que el gobierno de Toledo no ha hecho: política. Y en el tema del TLC es absolutamente prioritario. El TLC no es un tema económico, tampoco político. Es un tema de economía política. Mal hará el APRA si solo oye a los sobrevivientes de la guerra fría, que se oponen a toda costa. Mal hará, también, si solo escucha los números que le alcanzan los tecnócratas que creen que Emiliano Zapata es un *fast food Tex Mex*. El país necesita el TLC; sin embargo, le hace falta como instrumento de política estatal y no como necesidad presupuestal.

El Congreso

Desde el 9 de abril, el tema de las alianzas en el Congreso se instaló en todas las mesas de conversación. Sin embargo, sin conocer al ganador de la presidencia, la empresa era muy complicada. Aun así, al día siguiente de la primera vuelta, mis alumnos de Introducción a la Ciencia Política y yo estábamos de acuerdo con que, si Humala perdía la segunda vuelta, su multitudinaria bancada perdería el posesivo, vale decir, dejaría de ser *suya*. Lo mismo, hay que decirlo, podía pensarse, con menor seguridad, de otras bancadas.

El tema recurrente es la alianza de gobierno que hará García a partir del 28 de julio. Que Ollanta Humala la hubiera hecho con los fujimoristas me parece elemental. Menos obvia es la postura que deberá tomar el partido aprista. De nuevo, haré este análisis considerando distintos escenarios.

En el primer escenario, el APRA hace una alianza de gobierno con los partidos políticos sólidos (¿menos débiles?): Unidad Nacional y el Frente de Centro. Bajo este supuesto, el

APRA contaría con 58 votos y, para cada elección importante, debería buscar los tres votos restantes entre las otras agrupaciones. Aritméricamente es un número peligroso e idéntico a la precaria mayoría que ha acompañado a Toledo durante su mandato. La alianza Perú Posible-FIM alcanzaba siempre ese número, y, para cada elección importante, Ferrero debía regalar el oro y el moro (celulares y vicepresidencias, se entiende) para conseguir la real mayoría. Por lo tanto, esta alianza es endeble. La opción de incluir más partidos en ella (Perú Posible y Renovación Nacional) solo generaría complicaciones. Un pacto con cinco partidos trae problemas hasta en los regímenes parlamentarios. Entonces, esta opción podría generar una crisis al interior de la alianza de gobierno.

En términos ideológicos, este escenario supone que García opta por llevar a cabo un gobierno de centro-derecha. Sería una opción clara, que blinda el flanco de ataques por ese sector. Con este pacto, solo debería preocuparse por neutralizar los ataques desde el frente nacionalista. Sin embargo, es una alianza que polariza demasiado. Convertiría a su gestión en una eterna campaña como la vivida para la segunda vuelta. Por otro lado, los costos de negociar con partidos orgánicamente más fuertes e ideológicamente más sólidos son grandes. Esta alianza implicaría una definición certera y cerrada sobre la identidad del gobierno. Podría ser una alianza estable y duradera. Ahora bien, que la alianza sea estable y duradera no traslada esos atributos al gobierno globalmente.

En un segundo escenario, el APRA decide hacer una alianza de gobierno con las fuerzas upepistas o nacionalistas. Al estudiar el mapa político, entiende que la mejor manera de darle estabilidad al país es agruparse con los nacionalistas, que han sido la voz del hartazgo. Lima nunca se rebelará, piensa García, de tal manera que debemos tener de nuestro lado a

quienes representan a los que sí pueden hacerlo. Es una alianza programática de izquierda. García concluye que será menos costoso tener a los medios en contra que al sur del país.

La aritmética de esta alianza es simple. El APRA y la bancada nacionalista generan una amplia mayoría en el Parlamento, entonces el primero no tendrá que salir en búsqueda de unos cuantos votos en cada elección importante, los tendrá asegurados. Esta alianza cumpliría con maximizar la cuota de poder que los partidos suelen desear a la hora de formar alianzas, vale decir, no les interesa compartirlo con muchas agrupaciones, ya que eso se traduce en cargos y parcelas de poder para agrupaciones que no han conseguido gran cantidad de votos. Sin embargo, no es seguro que Humala y los nacionalistas quieran ser asimilados al gobierno. Considero que este escenario va de la mano con la no aprobación del TLC, situación que —ya lo dije— me parece la más improbable. Un partido (un líder) que obtiene réditos por su radicalismo no suele estar interesado por una asimilación al *establishment* político y, menos aún, al partido de gobierno. Así, esta alianza es difícil de conseguir por ambas partes. Por un lado, el APRA tendría que lidiar con una bancada que es bastante más grande que la suya y, por el otro, es posible que a esa bancada no le conveniga ser etiquetada como parte del gobierno.

En tercer lugar, imaginemos el escenario más improbable. El APRA no consigue hacer una alianza en el Congreso. A causa de una mala negociación en el tema del TLC o por un escándalo de corrupción, por una mala gestión económica o por revueltas en el sur, el gobierno se aísla y no consigue generar la estabilidad necesaria en las relaciones Ejecutivo-Legislativo. Creo que no debemos descartar este escenario, en primer lugar porque no sería novedoso para nuestra historia republicana tan dada al *déjà-vu*; y, en segundo lugar, porque la ambición de los actores políticos, llegado el momento, puede

llevarlos a boicotear al gobierno. Los políticos de oposición que estarán en el Parlamento lo harían con la esperanza de pasar al Ejecutivo en unas nuevas elecciones y aquellos que quedaron fuera en las elecciones de 2006 actuarían con la esperanza de volver al hemiciclo. No nos sorprendamos tanto si ocurriese este escenario.

En cuarto lugar, propongo el escenario que considero más probable. UPP-PNP se vuelve una suma de facciones y Unidad Nacional traslada al Congreso sus pleitos extralegislativos sin un liderazgo capaz de llamar al orden (a Antero no lo escucha nadie, Lourdes no le habla a nadie). El grupo parlamentario Acción Popular-Perú Posible-Renovación Nacional es aritméticamente irrelevante, de tal forma que el APRA tampoco le presta atención. La lógica que prevalecería es la siguiente: si en el Perú no hay partidos, ¿por qué deberíamos actuar como si existieran en el Congreso? El APRA sabe que es el único partido que entre 2001 y 2006 no perdió un solo congresista. ¿Por qué creer que los próximos cinco años serán distintos? Así, no armaría una alianza de carácter partidario en el Legislativo sino con grupos y escisiones de distintos partidos.

La racionalidad de esto descansa en que es más factible y menos costoso negociar con grupos recién integrados (en definitiva, con individuos sin mayor organicidad) que con grupos cohesionados y, por lo tanto, exigentes a la hora de negociar sus legítimos intereses. Es mucho más fácil tener de aliados a un buen número de congresistas desafiliados de UPP-PNP, sin mayor experiencia parlamentaria, que a un grupo con mayor recorrido. Y, sin embargo, ambas opciones ofrecen la misma cantidad de votos. En el terreno ideológico, esta alianza también es más cómoda. El APRA no será acusada de *vendepatria*, ni de hacer pactos con *cuasisubversivos*. ¿Y cuál será la ideología de este pacto de gobierno? Ninguna, desde luego. Permitirá privatizar si hay que hacerlo o reimplantar el Banco

Agrario. Chicha y limonada, una vez más. Pero sobre todo, es una alianza que le permitirá al APRA hacer lo que le venga en gana. No tengo la más mínima esperanza en que los individuos que componen UPP-PNP una vez que trabajen con el APRA vayan a tener algún tipo de ideario o capacidad de negociar nada frente a la bancada aprista. Esta alianza será la versión 2006-2011 de la alianza Perú Posible-Frente Independiente Moralizador del periodo 2001-2006. Como Toledo, García asumirá que es mejor trabajar con estos grupos sin ideas, que a cambio de una embajada o la presidencia de una comisión, votan por lo que sea. La diferencia (¡ay!, la diferencia) es que la alianza de Toledo no solo era ideológicamente débil sino, fundamentalmente, aritméticamente débil. A cada votación importante debía negociar y conseguir los votos que le faltaban. La de García sería ideológicamente débil y aritméticamente fuerte (más fuerte aún si en algún momento decide sumar a los fujimoristas, que tienen un pliego de demanda única, fácil de satisfacer y a cambio de lo cual harán cualquier cosa).

Un último elemento que distorsionará estos escenarios posibles es el proceso electoral de noviembre. Si uno tiene en cuenta esto, las combinaciones se multiplican. Imaginar distintos escenarios para esto resulta ocioso y asumo que los escenarios arriba mencionados serán los importantes, sobre todo, luego de las elecciones de noviembre, vale decir, durante la mayor parte del gobierno aprista.

Cierro la página legislativa. De igual manera que en lo reseñado para el TLC, cada uno de los escenarios descritos descansa en la elección que haga el APRA respecto de la legitimidad de sus acciones de gobierno, bien la «contextualista», bien la de los votantes.

El primer escenario planteado (aquel en el que el APRA hace una alianza con los partidos ubicados a la derecha, como propuso Vargas Llosa, digamos) responde claramente a una

legitimidad de los votantes. García opta por una correlación Ejecutivo-Legislativo que recoge el sentimiento expresado en su votación durante la segunda vuelta. En un país con partidos, nadie se escandalizaría con esta opción. Esta alternativa tiene la ventaja de estar constituida por partidos y no por individuos dispuestos a todo por celulares y vicepresidencias. Por otro lado, también tendría cierta coherencia ideológica. Pero ya se ha explicado los contras que García podría sentir con una fórmula de este estilo.

El segundo escenario responde a legitimidad «contextualista»: una postura clara hacia la izquierda, que rechaza el TLC y pone en marcha un programa heterodoxo sin ambages. García se reconcilia con Chávez. Para mi gusto: muy difícil. García no quiere parecerse a Evo y, sobre todo, el Perú no quiere asemejarse a Bolivia.

El improbable tercer escenario no responde a ninguna de las legitimidades mencionadas, pues representa, justamente, la ingobernabilidad, situación en la que ambas legitimidades se muestran inútiles para aglutinar a distintos sectores alrededor del partido de gobierno.

El cuarto escenario reseñado es el más probable y lo es porque no implica tener que negociar con partidos políticos establecidos en términos organizativos e ideológicos. Pactar con estos siempre es más complicado que con los advenedizos, dispuestos a alquilarse sin mayores problemas.⁸

⁸ El ejemplo brasileño durante el gobierno de Lula debería estar presente en la discusión nacional. Lula, apremiado por generar una mayoría parlamentaria que le dé estabilidad (su partido, además de sufrir deserciones, no alcanzaba al 30 por ciento de la Asamblea), debió pactar con quienes se ofrecieran a hacerlo. Y quienes se ofrecen suelen ser individuos que llegan al Parlamento a eso, a ofrecerse a cambio de dinero. Sin querer defender la corrupción generada durante el gobierno de Lula y el escándalo del *mensalao*, es cierto que el diseño institucional que permite ejecutivos con bancadas superdébiles en el Parlamento, en el que al mismo tiempo hay muchos grupos políticos,

4. Sistema de partidos

El gran reto del Perú político es reconstruir algún sistema de partidos. A partir del 28 de julio, tenemos la gran oportunidad de hacerlo: el *outsider* de turno —esa maldición cíclica— por primera vez ha perdido. Para empezar, es posible que las personas que suelen subirse a ese tipo de proyectos comiencen a pensar que, tal vez, es más rentable subirse a los partidos políticos. Sería un gran cambio. El oportunista de partido político es menos dañino que aquel otro que llega a un puesto público sin más lealtad que a la billetera, ni otro programa que el «¿cómo es?».

El país tiene la necesidad vital de terminar el ciclo político abierto en 1989 con la elección de Belmont como alcalde de Lima. Desde entonces, una retahíla de independientes y *outsiders* han sido los actores hegemónicos del proceso político nacional. Los noventa y el posfujimorismo comparten una forma de representación política amorfa y caótica, basada en proyectos individuales, improvisados y carentes de todo ideal. Si comparamos los resultados electorales de los noventa con las elecciones regionales y municipales de 2002, veremos que las composiciones del voto nacional son muy similares en ambos casos: los independientes son hegemónicos. Entonces, el sistema político-partidario ha sido básicamente el mismo con Fujimori y sin él: esa es la gran piedra a remover en los próximos años.

Como se describió líneas arriba, García se ha beneficiado de ser candidato del único partido peruano. El resto de políticos debería estar interesado en compartir esa situación. ¿Cuántos partidos debería tener un país como el Perú? No hay regla, desde luego, pero a modo de intuición diré que el bipartidismo

genera este tipo de situación, en la que el presidente, en su esfuerzo por gobernar (en definitiva, por mantener el poder), se ve en la necesidad de comprar, literalmente, a los aliados.

suenan a quimera a construir artificiosamente con un sistema electoral y que más de cuatro partidos se parece a lo de siempre. De esta manera, un sistema de tres o cuatro partidos, que a su vez podrían tener facciones al interior, sería bastante razonable.

La pieza central de un sistema de partidos es el APRA. Lo que hace falta es completar el sistema por derecha y por izquierda. Y para esto es necesario que aquellos llamados a llenar ese espacio tomen conciencia de lo mal que lo vienen haciendo en estos años. Por otro lado, también es necesario que el APRA colabore, de alguna manera, con esta reconfiguración del sistema de partidos.

El APRA debería ser consciente de que una alianza con los restos de UPP-PNP o los fujimoristas sería percibida por la población como una jugada más de «otorongos» movidizos y sinuosos. Entiendo que la racionalidad política llevará al APRA a intentar este tipo de pacto; sin embargo, debería ser consciente de que los partidos se fortalecerán en la medida en que la percepción ciudadana de los mismos sea mejor. ¿Y en qué se funda la percepción ciudadana de los partidos políticos? En su acción en el Congreso. Asimilar oportunistas, coquetear abiertamente con Rafael Rey o presentar en el estrado del mitin de fin de campaña a Alfredo González no abona en esa dirección.

Ahora bien, los partidos políticos que aspiran a llenar tanto la derecha como la izquierda del tablero político deberían hacer lo suyo. *Sostengo que el principal problema de los partidos que aspiran a representar esas posturas es que están fatalmente desvinculados del interior del país; se trata de clanes capitalinos percibidos con justicia, por el interior, como representantes del histórico centralismo limeño.* Así, tanto la derecha como la izquierda necesitan partidos que recuperen un rostro más nacional, que no es otra cosa que la traducción mediática de una organización viva a nivel local en todo el país.

La derecha

Durante los últimos cincuenta años, la derecha ha estado representada por Acción Popular y el Partido Popular Cristiano. Aquel era un partido creativo y débil ideológicamente (ahí estaba, paradójicas, su fortaleza), pero de alcance nacional, y este, uno clásicamente conservador pero de alcance limeño. Tuve la suerte de entrevistar a Fernando Belaunde poco antes de su muerte y continuaba hablando del Perú como un viejo geógrafo, un político topógrafo; su vinculación era con el Perú entero. Acción Popular representó los intereses provincianos concretos de un momento histórico y tenía una idea de nación que lo hacía importante en distintas zonas del país.

Los líderes de Acción Popular no eran únicamente capitalinos buscando votos en el interior. Javier Díaz Orihuela o Javier Alva Orlandini eran líderes del Perú provinciano. Gastón Acurio, por su parte, provenía del Cuzco, al igual que Valentín Paniagua, y todo esto confirmaba la vocación nacional del partido. La comparación con el Acción Popular de hoy es triste. Salvo Valentín Paniagua, el resto de sus líderes no parece el rostro de un proyecto nacional. Todos políticos absolutamente identificados con Lima. ¿Y qué decir de Unidad Nacional? Una alianza de agrupaciones limeñas que en 2001 buscaron *popularizarse* incorporando al líder sindical Risco. En realidad, reeditaban la vieja alianza entre el dueño de la hacienda y su capataz. Prolongaban la fractura entre sierra y costa. Y en esta elección, Lourdes Flores ha reproducido su *performance* de 2001 y la de Unidad Nacional en las regionales y municipales de 2002. Fuera de Lima es inexistente. Y esto es absurdo. ¿Es que no hay un ánimo empresarial de provincias que pueda sentirse identificado por una fuerza de derecha? Desde luego que lo hay, la cuestión es ganarse la confianza con gestos y planteamientos concretos, que siguen estando ausentes.

La izquierda

Por este sector, la situación no es muy distinta. Ha quedado absolutamente desvinculada del interior del país. ¿Qué cosa es una candidatura de izquierda que recibe el 70 por ciento de sus votos del sector socioeconómico A? No lo sé. Me parece un tema fascinante para hacer investigación política comparada. El primer reto fundamental de la izquierda es dejar de llamarse «la izquierda» y plantearse la construcción de una opción que les permita dignamente llamarse «la izquierda», valga la redundancia. Un grupo de —más o menos— cuarenta amigos con cierta presencia estatal en los últimos seis años no es, pues, ni aquí, ni en ninguna parte, «la izquierda». Es, más bien, un grupo de personas autorreferencial, que mientras mantenga ese estilo se conformará con asumirse como la conciencia moral de la patria. Pocos... pero moralmente buenos.

Esta izquierda es —como la derecha— desmesuradamente limeña. La izquierda fue importante cuando Alfonso Barrantes era su líder. Cajamarquino, austero y pausado, nunca le hubiera dicho a Jaime Bayly «estás regio» y menos aún se habría definido políticamente, en plena campaña, como «neoestructuralista». O Hugo Blanco, cuzqueño de siempre, con las armas o los votos, quien también representó siempre un sentir provinciano de izquierda.⁹ Vale la pena plantearse la misma pregunta formulada dos párrafos arriba respecto de la derecha, ¿Es que no hay un ánimo de izquierda en las provincias que pueda ser representado por un proyecto de izquierda? Desde luego que lo hay. El asunto es que, si la izquierda continúa siendo este grupo de gente autorreferencial, vinculado indefectiblemente al mundo de las organizaciones no gubernamentales, no se les

⁹ En estas elecciones, ¡ha obtenido cincuenta mil votos y su candidato presidencial, Javier Diez Canseco, solo sesenta mil!

percibirá como representantes de los intereses de los necesitados y no conseguirán votaciones importantes... aunque sus planes de gobierno sean, sin duda, los mejor elaborados a cada elección.

El problema de la *limeñización* tiene causas profundas y otras institucionales. Por un lado, la migración y el peso demográfico adquirido por Lima, secundado por la hegemonía de los medios de comunicación capitalinos, han redundado en un peso político absolutamente desigual entre la capital y el interior. Sin embargo, también hay un factor de reglas electorales. Cuando Fujimori abolió la bicameralidad y la única cámara que quedó pasó a ser elegida por distrito electoral único, se fomentó la *limeñización* de la política nacional. Con la vuelta a varias circunscripciones electorales, el panorama ha mejorado, pero todavía no ha sido aprovechado por los partidos nacionales (a excepción del APRA) sino por la agrupación del *outsider* de turno. Es imprescindible, entonces, que los partidos políticos que aspiran a tener un carácter nacional —de derecha o de izquierda— recobren el contacto con el Perú no capitalino, ya que de otra manera será difícil desterrar el ciclo político abierto en 1989: río revuelto donde ganan los «independientes», o sea, clubes improvisados, *brokers* y mercenarios del *copyright* que entrega el JNE.

Conclusión

Una idea que se ha instalado en el sentido común nacional es que García ha aprendido de sus errores: quiere quedar en la historia. Entiendo la idea, pero no me convence. Tras leer el plan de gobierno del APRA y escuchar a los mismos técnicos de los años ochenta, no estoy convencido del lugar común mencionado. Es muy posible, me temo, que quiera quedar en la historia poniendo en práctica —¡esta vez bien!— las políticas

de los ochenta. No creo que se haya convencido de que lo errado fue la devoción por la demanda. Como he expuesto a lo largo de este artículo, la administración aprista no hará alguna alianza que le dé una orientación ideológica firme (no optará por Unidad Nacional-Frente de Centro ni por el núcleo de UPP-PNP). Será un gobierno chicha y limonada. Esto podría traducirse en un crecimiento económico menor que el que hemos tenido en los últimos años y, por lo tanto, en una reducción de la pobreza también menor. La gran interrogante es si, ante esta situación, podremos recobrar una vida política en la cual el rubro «independientes» disminuya ostensiblemente su capacidad de convocatoria y sean los partidos —nuevos o viejos— los que vengán a llenar ese espacio. Ojalá.

Sin embargo, no quiero terminar el artículo entre sombras. No le tengo mucha fe al gobierno aprista, pero, a pesar de eso, creo que estamos ante el mejor escenario que la elección pasada nos brindaba. Un gobierno de Lourdes Flores, sin partido, recogiendo todos sus votos en Lima, con solo 17 congresistas, a merced del APRA que era el único que podía darle estabilidad (y quitársela, desde luego), hubiera sido desastroso y —me atrevería a decir— inviable. Un gobierno de Ollanta Humala y su séquito de reservistas, familiares, oportunistas e ideas descabelladas, con Lima en contra, los medios preparándose para dar batalla como en Venezuela y los inversionistas más bien tímidos, hubiera sido el desastre mayor. Así, aunque el futuro es una mezcla de sombras y tímidas luces, estamos en el mejor escenario que estas elecciones nos ofrecieron. Nos hemos salvado con las justas del descalabro. Ojalá García haga el gobierno que necesitamos para no enfrentarnos a una nueva encrucijada el 2011.